



Neiburg, Federico

Economistas y élites estatales en el Brasil y la Argentina, 1980-2000 : esbozo de una sociología comparada de la cultura a propósito del "efecto Orloff"



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Neiburg, F. (2004). *Economistas y élites estatales en el Brasil y la Argentina, 1980-2000: esbozo de una sociología comparada de la cultura a propósito del "efecto Orloff"*. *Prismas*, 8(8), 205-214. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2363>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Economistas y élites estatales en el Brasil y la Argentina, 1980-2000

*Esbozo de una sociología comparada
de la cultura a propósito del “efecto Orloff”*

Federico Neiburg

Museo de Antropología de Río de Janeiro

Quiero comenzar agradeciendo a Adrián Gorelik y a los organizadores del seminario por esta oportunidad de discutir aspectos de una investigación sobre economistas y culturas económicas en el Brasil y en la Argentina que se encuentra en sus inicios.

Se trata de un trabajo que se estructura en tres ejes. El primero, utilizando una expresión inspirada en Max Weber, se centra en los “profesionales de la economía”, esto es, en aquellos individuos que viven “de” y “para” la economía, como los funcionarios de agencias internacionales y de gobiernos, los académicos, los operadores de mercado o los periodistas. El segundo eje busca ir más allá del estrecho círculo de los especialistas para considerar las modulaciones de las esferas públicas económicas nacionales, considerando los canales de difusión y popularización de las categorías económicas de interpretación y de acción en el mundo social, atendiendo especialmente al universo del periodismo y de los medios más o menos especializados. El último eje considera aquello que a falta de un término mejor puede denominarse como culturas económicas: las disposiciones sociales que los individuos movilizan en lo que los especialistas entienden como la dimensión económica de la vida social, o, en otros términos, las formas de conceptualizar y de actuar en la vida económica –una noción que, en la tradi-

ción de la sociología histórica de la cultura inaugurada por Weber, permite observar las mediaciones entre los usos eruditos y prácticos de las categorías que sirven para pensar y actuar en el mundo de la economía (o para actuar y pensar económicamente en el mundo social)–.

Dicho esto sobre el marco más general del trabajo, es preciso aclarar que aquí me concentraré menos en los mecanismos y en los agentes encargados de difundir o popularizar la cultura de la economía y más en los propios economistas, y especialmente en su papel como intelectuales públicos, doblemente autorizados como científicos y como hombres de Estado.¹

Tratar de esos productores de cultura que son los economistas (pocas veces reconocidos como intelectuales por los intelectuales que estudiamos a los intelectuales), tomar a los economistas como una entrada para contrastar configuraciones culturales y estatales diferentes en dos espacios nacionales, es ciertamente una tarea desmesurada. El modo que

¹ Mi exposición se centra pues sobre ese universo, los economistas, que es el terreno en el que la investigación ha avanzado más hasta ahora, en buena medida gracias al trabajo conjunto que iniciamos hace algún tiempo con Mariano Plotkin (véase, por ejemplo, Federico Neiburg y Mariano Plotkin, 2004).

he elegido para explorar preliminarmente ese universo es focalizar algunos eventos que me parecen particularmente ricos para discutir en este seminario sobre comparatismo: los planes de estabilización económica implementados en ambos países en el período posterior a la redemocratización; específicamente, los dos grandes planes de estabilización aplicados en ese período, respectivamente, en la Argentina y el Brasil: los planes Austral (1985) y Cruzado (1986) y los planes de Convertibilidad (1991) y Real (1994).

Como se sabe, sobre la base de un diagnóstico respecto de la gravedad de las crisis económicas de cada país (especialmente referido al descontrol inflacionario), esos planes dispusieron transformaciones radicales en las reglas del juego de los campos económicos nacionales, alteraron las relaciones entre los principales precios de la economía, establecieron revisiones generales de contratos y dispusieron el cambio de las monedas nacionales (en la Argentina, del Peso al Austral y del Austral a un híbrido de Dólar / Peso; en el Brasil, del Cruzeiro al Cruzado y, después, del Cruzeiro al Real). Esos planes marcaron también momentos fuertes en la consagración de los economistas como figuras públicas, como intérpretes de los más graves dilemas nacionales y como individuos capacitados para elaborar las formas supuestamente correctas de superarlos.

Por otro lado (y me parece que esto apunta a un asunto especialmente relevante para nuestra discusión), contrastes y coincidencias entre los planes aplicados en ambos países han sido, y son, motivo frecuente de debate en varios niveles: en la ciencia económica (que los trata como ejemplos más o menos exitosos de estabilización) y en el debate político (donde, por ejemplo, no es raro encontrar referencias a ellos, sea para calificarlos como pasos positivos en la creación de auténticas economías de mercado o para denunciarlos como hitos en la implantación del neoliberalismo). Pero también las referencias

cruzadas están presentes en el sentido común, asociando el destino de ambos países con los misterios del carácter nacional y de la vecindad. En el Brasil, esas asociaciones llegaron a ganar el estatuto de “teoría”, con la formulación del llamado “efeito Orloff”, según el cual “la Argentina de hoy es el Brasil de mañana”. Eso, después de que, en la primera mitad de la década de 1980, un conocido y barato vodka popularizó un eslogan que refería los efectos colaterales positivos (contra la resaca, digamos) de la bebida, diciendo “Eu sou você amanhã”. En el campo de las interpretaciones populares (y también eruditas, pues menciones al “efeito Orloff” aparecen en no pocos textos firmados por economistas, incluso mezcladas con una que otra fórmula matemática) esa llave explicativa de los paralelismos entre ambos países tuvo su auge cuando los dos primeros planes (Austral y Cruzado) comenzaron a tambalear y pasaron por ajustes bautizados, a ambos lados de la frontera, con el nombre de estaciones del año: Plan Primavera y Plan Verano, respectivamente primero en la Argentina y luego en el Brasil, como ordenaba el efecto Orloff, aceptado ya entonces por los diseñadores de la política económica.

A esos paralelismos hay que sumar evidentemente otros, como –en el contexto de la “transición democrática”– la progresiva sustitución de la llamada “agenda política” por una “agenda económica” (centrada en la estabilización monetaria y en el combate a la inflación), o como el hecho de que, en ambos países, los dos primeros presidentes electos por el voto directo de los ciudadanos no pudieron terminar sus mandatos (primero, en la Argentina, en 1989, Raúl Alfonsín abandonó la presidencia 5 meses antes de concluir su período legal, en medio de una aguda crisis hiperinflacionaria; en el Brasil, en 1992 fue destituido Fernando Collor de Mello, al cabo de un *impeachment* dictado por el Congreso Nacional, motivado por escándalos de corrupción

Hay entonces aquí un punto importante para debatir: ¿qué relación nos proponemos establecer entre nuestro comparatismo y, digamos como antropólogos, el comparatismo de nuestros “nativos”? Un problema tanto más arduo en este subcampo de la sociología de la cultura que tiene que ver con la economía, en el que participan tantas categorías de nativos que de una u otra forma deben ser integradas al objeto de estudio: “la gente” que ha aprendido a establecer confluencias y contrastes, los propios economistas y sus divulgadores en la prensa, los científicos políticos, los políticos, etcétera.

Un problema tanto más arduo, también, pues aparece envuelto en una cierta paradoja: por un lado, por lo menos desde el punto de vista de algunos de los formuladores de los planes de estabilización monetaria, éstos buscan fundamento en criterios científicos (los de la ciencia económica) que supuestamente exceden los contextos nacionales; y, por otro lado, son objeto de debate público por parte de una infinidad de categorías de legos (en realidad, sin duda, todos nosotros tenemos algo para decir al respecto), situados en contextos sociales, políticos y culturales que son antes que nada nacionales.

Y eso agrega también una dificultad adicional a la objetivación de los economistas como intelectuales públicos y su contribución a la construcción de culturas económicas nacionales: el hecho de que tal vez con la sola compañía del fútbol, todo argentino o brasileño (de clase media urbana, digamos) tiene un conjunto de opiniones formadas respecto de la economía y las crisis económicas. Dificultad que, en fin, torna este campo aun más atractivo para el análisis sociológico y, en especial, para la mirada de los antropólogos.

En suma, me parece central considerar el hecho nada trivial de que *la comparación envuelve un asunto de puntos de vista* no sólo para nosotros, analistas, sino también para nuestros objetos. Y, no menos importante, el

hecho de que, dependiendo de los puntos de vista, y de la amplitud de los lentes de observación, la percepción de los paralelismos puede convivir o ser sustituida por percepciones acerca de la diferencia. En nuestro caso, en primer lugar entre las dos generaciones de planes (Austral y Cruzado, primero, Convertibilidad y Real, después) y, en segundo lugar, entre los sentidos asociados con los planes en cada uno de los dos países.

El camino elegido para avanzar en el análisis, siempre de forma bastante preliminar, como ya fue aclarado, es el de una comparación en dos ejes. En el primero, se busca explorar las continuidades y los contrastes entre las teorías que dieron sustento a cada plan, y entre las características sociales de los individuos que los formularon y aplicaron. Este eje, básicamente centrado en los propios planes de estabilización, está atravesado por un segundo eje de contrastes, en el que las referencias principales son los espacios nacionales y las relaciones diferenciales que los fragmentos de las élites locales, de los que son parte los economistas, mantienen con el espacio internacional. Más específicamente, se trata de considerar los contrastes entre las posiciones que los economistas (en especial aquellos economistas encargados de elaborar y aplicar políticas económicas) ocupan en los campos de poder de cada país, observando los efectos que, en la construcción de esos lugares, tienen las relaciones que ellos mantienen, en el plano internacional, con los mundos de la academia y de la gestión económica.

Primera observación: todo apunta a una confluencia sensiblemente mayor en la primera generación de planes que en la segunda. Así lo demuestra, por ejemplo, el calificativo “heterodoxo” utilizado para describir los planes Austral y Cruzado, tanto por sus partidarios como por sus críticos. Otra evidencia es que los formuladores de ambos planes pertenecían a una misma red de economistas que se encon-

traban en foros de discusión, publicaban en las mismas revistas y estaban empeñados en operaciones teóricas y políticas semejantes.

Individuos como Pêrsio Arida, André Lara Resende, Chico Lopes y Luis Bresser Pereira, en el Brasil, José Luis Machinea, Roberto Frenkel, Daniel Heymann o Juan Sourrouille, en la Argentina, dialogaban con las preocupaciones teóricas (y políticas) de varios de sus propios profesores, algunos de los cuales habían sido figuras notables de la gestión estatal de la economía en períodos anteriores. A los nombres de Raúl Prebisch y Celso Furtado, inventores del “estructuralismo”, reconocido como la primera (y tal vez la única) “escuela latinoamericana” de economía, se sumaba el de otros economistas, como los argentinos Julio Olivera y Guido Di Tella, o los brasileños Inácio Rangel, Mário Enrique Simonsen y Delfim Netto, todas figuras centrales en la profesionalización de la moderna disciplina económica que ocurrió en nuestros países al promediar el siglo XX.²

Las principales innovaciones teóricas que contribuyeron a la consagración (nacional e internacional, académica y política) de la “heterodoxia” de los planes Austral y Cruzado dialogaban críticamente con las teorías más en boga en ese momento para dar cuenta del fenómeno inflacionario: las teorías “estructuralistas” que habían marcado los debates latinoamericanos entre las décadas de 1950 y 1970 (y cuyo canal de difusión era la acción de la CEPAL) y, también, las teorías or-

todoxas, monetaristas o neoclásicas, que eran prevalecientes en la ciencia económica producida en el centro, en universidades norteamericanas y publicada en inglés, y que estaban presentes con fuerza en el diseño de las políticas económicas nacionales.

En el caso argentino (mucho más claramente que en el brasileño), los heterodoxos se diferenciaban también de otras experiencias locales, identificadas como próximas a la ortodoxia (evidentemente no sólo por sus contenidos teóricos y de política económica, sino también por una cuestión de linajes políticos, siempre tanto más estructurantes del mundo social e intelectual argentino que del brasileño). Por ejemplo, se diferenciaban de la experiencia del Plan de Estabilización lanzado en diciembre de 1978 por el ministro Martínez de Hoz, cuyos teóricos (poco importa si *ex post* o *ex ante*, como fue discutido durante años), figuras como Carlos Rodríguez y Roque Fernández, egresados de la cuna de la ortodoxia, la Universidad de Chicago, un año antes habían fundado su filial porteña: el Centro de Estudios Macroeconómicos de la Argentina (CEMA).

Antes de seguir, se imponen tres comentarios relativos a los contrastes entre la Argentina y el Brasil. El primero tiene que ver con la configuración diferente del campo de los economistas en cada país; el hecho de que a pesar de que la economía existía como disciplina relativamente autónoma en la Argentina desde bastante antes que en el Brasil, desde la segunda mitad del siglo XX el espacio de los economistas en este último país ganó una densidad y una vitalidad mucho mayor que en la Argentina (uno de sus síntomas es, justamente, la no existencia en el Brasil de filiales locales de escuelas centrales, como es el caso del CEMA respecto de Chicago).³ El se-

² Vale mencionar el hecho de que esos autores habían dedicado sendos trabajos al análisis del fenómeno inflacionario en sus respectivos países y en el contexto latinoamericano. Principalmente hacia la segunda mitad de la década de 1960, “Latinoamérica” apareció como un campo privilegiado no sólo para pensar los problemas del desarrollo, sino también una de sus dimensiones: el problema de la persistente inflación. El debate entre las interpretaciones ortodoxas y estructuralistas del fenómeno inflacionario es testimonio de la centralidad que adquirió dicho fenómeno para los especialistas.

³ En la Argentina, la primera Facultad de Ciencias Económicas fue fundada en 1913 y hacia el fin de esa déca-

gundo comentario se refiere a la modulación diferencial de las esferas públicas económicas nacionales y a la participación más intensa en el caso brasileño de los economistas profesionales, académicos y gestores de políticas (un ejemplo lo brinda el debate público de los planes heterodoxos, ciertamente más intenso y diversificado en el caso brasileño que en el argentino). El tercer comentario se refiere a la profundidad y a la centralidad del llamado “problema inflacionario” en ambos países, algo que parece haber ganado gradualmente las mentes y las acciones de los profesionales de la economía a partir de la segunda mitad de la década de 1960. No es éste el lugar para avanzar en la historia social y cultural comparada de la inflación. Basta decir que experiencias más o menos intensas en uno y en otro país en el rubro “Planes de Estabilización” (o la memoria diferencial que de éstos tienen los historiadores de la economía y los divulgadores o periodistas) y, junto con esto, los lugares diferenciales del hecho social y cultural de la inflación, o la intensidad diferencial con que la inflación está asociada con la representación de las crisis nacionales; en fin, son todos indicios de gran valor para un estudio comparado de culturas económicas.

Pero volvamos a los planes heterodoxos y a sus autores. Como dije, los principales instrumentos teóricos y prácticos que contribuyeron a la consagración (nacional e internacional, académica y política) de la heterodoxia del Austral y del Cruzado dialogaban críticamente con los instrumentos disponibles entonces, oriundos de las llamadas perspectivas monetaristas y estructuralistas. Puntos fuer-

da ya había dos revistas académicas de importancia (la *Revista de Ciencias Económicas* y la *Revista de Economía Argentina*). En el Brasil, la primera Facultad de Economía fue creada recién en 1946 (un año antes de la aparición de la *Revista Brasileira de Economia*, primera publicación del género en ese país).

tes de la heterodoxia, que fundamentaban las políticas de *shock*, eran, por ejemplo, las teorías de la “inflación inercial” (Arida, Resende y Bresser), los modelos sobre la construcción de precios en “contextos de inflación elevada y continua” (Frenkel) o la invención de sofisticados mecanismos de “desindexación y desagio” (Machinea y Heymann).

Por otra parte, es necesario observar que en la base de la consagración de la heterodoxia se encuentran dos operaciones exitosas de articulación entre diferentes espacios de circulación de ideas y de políticas económicas: los espacios nacionales (argentino y brasileño), el espacio latinoamericano y el espacio internacional centrado en las instituciones académicas y de gestión norteamericanas. Y vale mencionar la existencia también de un circuito de individuos e ideas Brasil-Argentina: a comienzos de la década de 1980, por ejemplo, Frenkel pasó algún tiempo en el Departamento de Economía de la Universidad Católica de Río de Janeiro, convertido en el principal *think tank* de la heterodoxia, donde estaban personas como Arida o Lara Resende.

En fin, los heterodoxos conocían los debates del campo académico norteamericano de primera mano (en general por haber obtenido allí sus PhDs). Algunos, como Heymann, habían encontrado un lugar en los márgenes del *mainstream*, junto a autores reconocidos como “pos-keynesianos”, como Axel Leijonhufvud, que estaba especialmente interesado en comprender los llamados fenómenos de “inflación endémica”, o de “incertidumbre prolongada”, negación, desde su punto de vista, de los contextos de equilibrio general supuestos por la ortodoxia. Fue esa convivencia en espacios de discusión comunes, cuya sede principal eran los Estados Unidos, lo que explica que a principios de la década de 1980 haya sido aplicada en una variedad de países una misma generación de planes de estabilización que, a pesar de conservar distinciones nacionales relevantes, compartían un mismo

espíritu heterodoxo –hay que contabilizar aquí, además del Brasil y la Argentina, otros países latinoamericanos como Bolivia o México, aparte del caso siempre citado de Israel–.⁴

Ciertamente, esta descripción del universo de la heterodoxia exige mayores matices, hay trayectorias que escapan a esta descripción gruesa, hay otros aspectos que deben ser considerados, como la sensibilidad política común en la “transición democrática” (varios de los heterodoxos eran militantes opuestos a las dictaduras en sus respectivos países). Hay también diferencias técnicas importantes entre ambos planes. Y, por fin, es preciso incorporar al análisis los regueros de tinta escritos por economistas y por científicos políticos contrastando el Austral y el Cruzado. Pero dejemos esas distinciones para otra oportunidad y pasemos, en lo que queda de esta breve comunicación, a la segunda generación de planes de estabilización.

Primer punto: si hasta aquí primaba la semejanza y la proximidad, a partir de ahora el motivo central será la diferencia y la distancia. Mientras en el Brasil algunos de los más importantes elaboradores del Plan Cruzado participaron del Plan Real, en la Argentina, el Plan de Convertibilidad fue ideado e implementado por otros individuos, diferentes de los que habían participado del Austral. A ese contraste en la continuidad de los equipos de ambos planes (expresión, justamente, de dinámicas diferentes en las relaciones entre élites políticas e intelectuales en cada país), se suma el énfasis puesto por cada equipo en los

fundamentos teóricos distintos de cada plan. El diagnóstico del problema principal seguía siendo común –era necesario combatir la inflación– y, en términos generales, también era común la orientación de los instrumentos diseñados para hacerlo: el congelamiento general de precios era sustituido por el dispositivo de las llamadas “anclas cambiarias”, haciendo depender el éxito de la estabilización del mantenimiento del precio de las monedas nacionales. A partir de allí, sin embargo, las semejanzas daban lugar a profundas diferencias. En el Brasil, se apostaba a un modelo bastante sofisticado de transición entre el Cruzeiro y el Real, a través de la creación de una tercera moneda, “virtual”, que serviría para la reprogramación de los contratos (la llamada URV, Unidade de Referência de Valor, que tenía un parentesco lejano con la tablita de desagio del Austral). En la Argentina, por el contrario, el Plan de Convertibilidad apostó a la radicalidad y a la rigidez de un sistema que establecía mediante una ley la convertibilidad de 1 peso por 1 dólar. Mientras en el Plan Real el Estado mantenía el control de mecanismos clave de la política monetaria y del funcionamiento del campo económico, en el Plan de Convertibilidad el Estado renunciaba a esos mecanismos –aproximando, en eso también, a la Argentina a los pocos casos en los que sistemas de *currency board* semejantes estaban vigentes: paraísos fiscales como Bahamas, territorios recientemente independizados como Lituania o países cuya independencia era un asunto en cuestión como Hong Kong–.⁵

⁴ Medio año antes del lanzamiento del primer plan heterodoxo (el Austral), en diciembre de 1984 tuvo lugar una conferencia patrocinada por el Institute for International Economics, en Washington, en la que se discutió sobre la forma de terminar con la “inflación inercial”, en especial, en la Argentina, el Brasil e Israel. Los trabajos fueron publicados en marzo de 1985 por el MIT (Williamson, 1985).

⁵ A partir de su adopción por la Argentina, hubo una cierta explosión de literatura académica sobre los sistemas de *currency board*, acompañando la realización de seminarios internacionales organizados por las agencias multilaterales y por algunos de los más poderosos *think tanks* de los Estados Unidos. Véase, por ejemplo, Hanke y Schuler (1994), y Williamson (1995). En 1993 el World Bank organizó una conferencia internacional pa-

Es interesante notar que en buena medida las modulaciones diferenciales de cada plan se basaban en un diagnóstico opuesto sobre la vitalidad de las respectivas monedas nacionales (algo que ciertamente también había sido considerado en la generación anterior de planes de estabilización, como puede verse en los *papers* que entonces descartaron la dolarización como forma de eliminar la inflación inercial). Ahora, mientras los gestores del Real preferían crear una nueva moneda (la URV primero, el Real después) para eliminar la inflación (insistiendo en transformar en moneda corriente indexadores de la economía brasileña que habían sido institucionalizados en ese país desde la creación de la ORTN, en 1964), entre los creadores de la Convertibilidad (y en especial en los argumentos de Domingo Cavallo) se establecía que las cabezas y los espíritus argentinos estaban ya definitivamente dolarizados, por lo que era necesario alinear todos los precios de la economía con la divisa extranjera.

A partir de allí, los contrastes no hacen sino acentuarse. Como se sabe, la gestión demostró ser también más flexible en el caso brasileño, hasta el punto de que en 1998 el Plan Real se “renovó” adoptando un régimen de cambio fluctuante. Por otra parte, el mantenimiento de instrumentos de control estatal de la economía en un caso y la renuncia a éstos en el otro fueron paralelos a la internacionalización mucho más aguda de la economía en la Argentina que en el Brasil, y a la implementación de un programa de “reformas estructurales” mucho más rápido y radical en el primer caso que en el segundo. El año 2002 reforzó la percepción de las diferencias entre ambos países. El fin del *currency board* llegó

junto con la caída del presidente De la Rúa y de su ministro de Economía, Domingo Cavallo, que había sido, diez años atrás, el “padre” del Plan de Convertibilidad. Por fin, la permanencia del Real después del fin del segundo gobierno de Fernando Henrique Cardoso estuvo marcada por una escena altamente significativa: en el Palacio de Gobierno, en Brasilia, bajo la mirada del todavía presidente, los principales candidatos a sucederlo (entre ellos, Luiz Inácio Lula da Silva, que vencería en las elecciones) firmaron un compromiso que establecía la continuidad, en líneas generales, de la política económica vigente.

Imágenes como éstas evocan una serie de otros contrapuntos, como el del fin “gradual” del régimen militar en el Brasil y el “derrumbe” de la dictadura argentina en la primera mitad de la década de 1980. Eran esos contrapuntos los que servían para, dos décadas después, esgrimir en el Brasil la amenaza de la “argentinización”, agitando el fantasma del “efecto Orloff”, convertido en sinónimo de crisis y disgregación.

¿Cómo entender el contraste entre esa política de la prudencia brasileña y la radicalidad Argentina?

Mi intención en esta breve comunicación es sólo sugerir algunas líneas que permitan contribuir a la comprensión de las condiciones sociales que hicieron posible la formulación y aplicación de un conjunto de políticas, atendiendo, al mismo tiempo, a las condiciones de su legitimación y de su implementación y tomando como hilo conductor las trayectorias sociales de algunos de los principales gestores de los planes de estabilización en ambos países. De modo diferente a las perspectivas que consideran las orientaciones cognitivas o políticas de los individuos como independientes de sus características sociales y de sus formaciones intelectuales, el foco aquí está colocado justamente en los individuos concretos, portadores de disposiciones teóricas y políti-

ra discutir el *currency board* y la “dolarización” como alternativas de política económica para América Latina y otras regiones en desarrollo (World Bank, 1993).

cas socialmente construidas, envueltos en luchas y redes de interdependencia en el mundo de la academia, de la política y del mercado, en los planos nacional e internacional.

Por esa razón, se impone introducir en el análisis una visión más fina sobre esos nuevos protagonistas, como Cavallo (y sus colegas de la Fundación Mediterránea), o el CEMA (de donde saldría no sólo Roque Fernández, sino donde también se habían educado en “buena economía” figuras como Miguel Roig y Néstor Rapanelli, los primeros y hoy olvidados ministros de Economía de Carlos Menem).⁶ El contraste con el equipo que elaboró y gestionó el Plan Real no podía ser más agudo. El ministro de Economía del Real, Pedro Malán, había sido uno de los organizadores del Departamento de Economía de la Universidad Católica de Río de Janeiro, como se dijo, uno de los principales *think tanks* de la heterodoxia de donde surgió el Plan Cruzado diez años antes. En buena medida, los presupuestos teóricos y los individuos que participaron en esta segunda experiencia eran los mismos que habían ensayado la experiencia anterior. Ciertamente, eso tiene que ver con continuidades en el plano de la política: del lado argentino, no era el mismo partido el que gobernaba, mientras que del lado brasileño por lo menos en parte se repetía una misma coalición. Por otro lado, mientras el presidente Menem encarnaba de alguna manera la imagen de un recién llegado al centro de la política nacional, el presidente Fernando Henrique Cardoso era la imagen del heredero, hijo y nieto de generales que estuvieron siempre próximos al poder. Y a eso hay que agregar un elemento nada ac-

cesorio cuando se trata de observar la producción y legitimación de teorías y políticas económicas: la enorme legitimidad académica del propio Fernando Henrique Cardoso (que le permitía participar personalmente de las reuniones de elaboración del plan, junto a los especialistas) y de los integrantes de su equipo, que mantenían hasta ese momento posiciones activas y de prestigio en el campo de la economía académica brasileña —lo que reforzaba el principio de legitimación de la ciencia en sus participaciones en la esfera pública económica, al contrario del debate argentino, mucho más intensamente politizado—.

Repito, por última vez: más que desarrollar las demostraciones, me ha interesado aquí sugerir algunas líneas de una investigación en curso. Para finalizar quiero llamar la atención sobre un asunto relativo a los modelos de comparatismo que, creo, es importante tener en cuenta cuando está en juego el contraste entre dos universos, como en esta ocasión Brasil/Argentina. Se trata del problema del “binarismo”, que en esos casos pone en juego, consciente o inconscientemente, la tentación de un modelo estructural, algo que me parece arriesgado y que lleva a resolver (y restringir) los contrastes a esquemas simples del tipo, en el plano de los caracteres nacionales, cordialidad brasileña vs. violencia argentina; en el plano de la producción cultural, alegría brasileña vs. lamento tanguero; en el de las políticas de gobierno, continuidades brasileñas vs. discontinuidades argentinas; en fin, en el de las políticas económicas, gradualismo brasileño vs. políticas de shock en la Argentina. Sergio Miceli recordaba en la discusión de ayer que el samba es una música que no sirve sólo para bailar y que puede ser profundamente melancólica (*a roda* de samba es un espacio de melancolía, aunque pueda también bailarse); en el plano de las relaciones entre élites estatales y culturas económicas, el contraste entre ambos universos parece dar lugar más que a un cuadro

⁶ Creado en la segunda mitad de la década de 1970, el CEMA tenía como uno de sus objetivos principales formar en economía a gerentes y altos cuadros de las empresas que lo financiaban. Ése fue el caso de Roig y Rapanelli (funcionarios de Bunge & Born, sin formación previa en economía).

de doble entrada, a un universo de matices, grados y modulaciones, atravesadas, como ya se dijo, por las propias representaciones que los agentes sociales tienen de los contrastes. Me parece que la vigilancia sobre el

binarismo y sus efectos empobrecedores es una condición para un “uso fuerte” de la comparación, en la que ésta pueda ser al mismo tiempo una herramienta heurística y un punto de llegada. □

Referencias

Hanke, Steve H. y Schuler, Kurt (1994). *Currency Boards for Developing Countries: A Handbook*, San Francisco, ICS Press.

Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano (2004), “Los Economistas. El Instituto Torcuato Di Tella y las nuevas elites estatales en los Años 60”, en Neiburg, F. y Plotkin, M. (orgs.), *Intelectuales y expertos. La construc-*

ción del conocimiento social en la Argentina, Buenos Aires, Paidós, cap. 8.

Williamson, John (1985), *Inflation and Indexation: Argentina, Brazil and Israel*, Cambridge, Mass., MIT Press.

Williamson, John (1995), “What Role for Currency Boards?”, Washington, Institute for International Economics.

World Bank (1993). *Proceedings of a Conference on Substitution and Currency Board*, Washington, World Bank.